

Introducciones

Siempre me impresionó el vívido recuerdo y el agradecimiento que los integrantes de Les Luthiers manifestaron hacia mi padre, Gerardo Masana, a quien otorgaron el título de fundador del conjunto.

Mi papá fue para los *luthiers* mucho más que un compañero de trabajo, hecho que ellos mismos se encargaron de señalar en muchas de las incontables entrevistas periodísticas que les hicieron en las últimas tres décadas.

Incluso hasta aquellos actos de reconocimiento hacia mi padre que podrían ser considerados formales, como la inclusión sistemática de su nombre en los programas de mano de los espectáculos de Les Luthiers, tuvieron siempre una emotividad especial, que trascendió al mero gesto en sí mismo.

La irrupción de Internet en los últimos años permitió a los fans de todo el mundo comunicarse entre sí e intercambiar información. Con el tiempo fueron surgiendo varios sitios no oficiales dedicados a Les Luthiers.

El afecto y la admiración que los *luthiers* siempre manifestaron por mi padre se contagió a muchos de estos fans, quienes lo reflejaron en el mundo virtual. Aparecieron en Internet breves biografías, fotos y secciones dedicadas a mi padre. Adolescentes de 16 o 17 años se lamentan por no haberlo conocido. Algunos lo ponderan como modelo o ejemplo a seguir. Otros cuentan emocionados que, a pesar de no haber sido contemporáneos, lo consideran su amigo.

Mucho contribuyó a ello la publicación, en los años noventa, del libro *Les Luthiers de la L a la S*, del periodista colombiano

Daniel Samper Pizano, que aportó importante información sobre mi padre y su entrañable relación con los *luthiers*.

Aún así, esos datos resultaban insuficientes para la avidez de información que manifestaban muchos seguidores de Les Luthiers.

Un día, a mediados de 2002, me di cuenta de que había llegado el momento.

Sentí que, de alguna manera, era mi responsabilidad tomar la posta y encargarme de contar y difundir la vida y obra de mi padre. El archivo de notas periodísticas, cartas, viejas grabaciones, partituras y otros documentos que almacenaba mi madre debía ser ordenado y dado a conocer. El hecho de que yo fuera periodista me transformaba en la persona ideal para esta tarea.

¿Qué me llevó en ese momento a tomar la decisión? No lo sé. Probablemente no sea casual que la idea se me haya ocurrido justo en el año en que Les Luthiers cumplió 35 años desde su fundación. Ese mismo año yo cumplí 36 años, la edad de mi padre en el momento de su muerte. Y el 23 de noviembre de 2003, mientras yo todavía estaba escribiendo este libro, se cumplieron 30 años de su fallecimiento.

Tampoco creo que haya sido casual que mi decisión de emprender esta aventura haya surgido en 2002, año en que los argentinos vivimos la mayor crisis institucional y económica de nuestra historia. A fines de 2001, la gente, que se había movilizado en las calles golpeando cacerolas como forma de protesta, había forzado la caída del presidente De la Rúa. La dirigencia política, que en los diez años anteriores había alcanzado niveles inusitados de corrupción, no parecía dispuesta a hacerse cargo del desastre; en menos de quince días desfilaron cinco presidentes. La ciudadanía se comenzó a agrupar en Asambleas Populares barriales y se vivía un clima de revolución francesa.

La necesidad de los argentinos por rescatar valores que parecían haberse perdido en el tiempo era acuciante. Probablemente ese ambiente haya influido en mi decisión de sacar a la luz la historia de los orígenes de Les Luthiers.

Búsqueda personal

Escribir este libro fue para mí una experiencia atípica. Como periodista, estaba acostumbrado a que la persona involucrada emocionalmente fuera siempre la que está del otro lado de mi grabador.

En este caso, me tocó conversar con cada uno de los integrantes de Les Luthiers para preguntarles, entre otras cosas, quién fue mi padre, cómo vivió y cómo murió. Esas charlas fueron muy emocionantes, tanto para mí como para ellos. Ante la irrupción de las lágrimas, más de una vez tuvimos que parar, darnos un abrazo y continuar.

Este proyecto fue para mí una búsqueda personal de identidad. Cuando mi padre falleció yo tenía seis años. Antes de este libro, él era para mí una especie de ser etéreo, inasible, delineado en base a algunas fotos, a mis escasos y fragmentados recuerdos y a alguna que otra anécdota contada por mi mamá o por los *Luthiers*. Cuando terminé de escribir, mi papá se había transformado en una persona concreta, con una historia determinada y una personalidad bien definida. Así, dejé de ser hijo de un fantasma. Y pasé a ser hijo de un hombre, al que conocí poco, es cierto, pero hombre de carne y hueso al fin.

La investigación que realicé sobre mi familia y mis antepasados catalanes, que por falta de tiempo y otras excusas nunca hubiera realizado de no ser por este libro, también me resultó reveladora y me ayudó a reconstruir mi propia identidad.

Protagonismo distribuido

Este libro escapa a los parámetros de las biografías tradicionales. El protagonismo, en vez de enfocarse en la figura central, se ve aquí repartido, distribuido y fragmentado.

Además de los actuales integrantes de Les Luthiers, entrevisqué durante la investigación a 27 personas. Muchas de ellas irrumpen en los distintos capítulos aportando testimonios sobre mi padre o sobre Les Luthiers, pero luego se transforman en protagonistas y por momentos ocupan el centro de la escena.

Uno de los escritores que más influyó en mí fue Héctor Oesterheld, autor de *El Eternauta*, la obra cumbre de la historieta argentina. Oesterheld no simpatizaba con las historias de héroes individuales. Siempre prefirió a los protagonistas colectivos. Como humilde admirador de Oesterheld, ese camino fue el que decidí adoptar en este libro.

Además, creo que mi padre nunca hubiera aprobado un libro que se centrara demasiado en su persona. Hubiera preferido una historia más parecida a ésta, donde se destacan sus méritos puntuales pero también se resaltan los aportes e influencias de varias otras personas. Creo también que este enfoque puede resultar mucho más interesante y motivador para los lectores.

Adoptar este estilo fue posible gracias a la ausencia de egoísmo y resquemores por parte de los *luthiers*. A lo largo de su historia, ellos siempre se mostraron agradecidos con quienes de alguna u otra forma efectuaron alguna contribución a su desarrollo. Sé que se pondrán contentos al encontrarse con algunas de esas personas en estas páginas.

Una recopilación de recuerdos

Pese a que utilicé distintos documentos, ésta es, en gran parte, una historia oral, reconstruida en base a los relatos de los propios participantes. Relatos que en muchos casos evocan hechos transcurridos treinta o cuarenta años atrás.

Tras las primeras entrevistas que hice descubrí que el paso del tiempo tiene efectos curiosos sobre la memoria. Recordé algunas reflexiones que el cineasta Luis Buñuel plasmó en su libro *Mi último suspiro*. La memoria, decía Buñuel, es invadida constantemente por la imaginación y el ensueño, y puesto que existe la tentación de creer en la realidad de lo imaginario, acabamos por hacer una verdad de nuestro invento.

Me topé con varios «falsos recuerdos» durante las entrevistas. También me encontré con «fusiones de recuerdos», que se producen cuando uno toma, por poner un ejemplo, los diálogos de un recuerdo real, los personajes de otro y la ambientación de un ter-

cero, y crea con esos elementos un nuevo recuerdo, verdadero en sus componentes pero apócrifo.

Reconstruir determinados hechos sobre la base de relatos que a veces eran contradictorios entre sí, no fue fácil. Los datos importantes —especialmente los que atribuyen a alguien algún tipo de mérito o autoría— los verifiqué con dos o más fuentes. Aquellos cuya veracidad no pude contrastar, preferí dejarlos fuera.

De cualquier manera, este libro no debe ser tomado como una descripción de la realidad histórica sino como una recopilación de recuerdos personales y subjetivos. Lo cual no es poca cosa. Porque, como dice Buñuel, son los recuerdos los que nos moldean a nosotros. Y no necesariamente al revés.

Equilibrio

Mi doble rol de hijo y periodista me planteó un dilema. ¿Debería escribir el libro en primera persona? ¿Debería hablar de «mi papá», como lo hago aquí? ¿O debería utilizar un estilo más impersonal?

Dado que éste no es un libro basado en mis recuerdos personales, sino que es el fruto de una amplia investigación, opté por la segunda opción. Pero hice algunas excepciones, y escribí en primera persona ciertas partes —pocas— en las que me vi involucrado como testigo o protagonista. Espero haber logrado el equilibrio necesario como para que la lectura resulte fluida y agradable.

Reconocimiento

En 1974, Les Luthiers realizó su primera gira a España. Duró un mes y medio, durante el cual lograron congregar a 15.000 espectadores en Madrid, Las Palmas y Barcelona.

Mi papá, hijo de catalanes, falleció pocos meses antes, sin poder cumplir con su sueño de volver exitoso a la tierra de sus padres.

Cuando llegaron a la Argentina, a principios del siglo pasado, mis bisabuelos inmigrantes no sólo encontraron un lugar donde trabajar. A través del Centro Catalán de Buenos Aires, que luego se unificó con el Casal de Cataluña, tuvieron la posibilidad de canalizar su vocación por el teatro, algo que, por distintos motivos, en España no habían podido hacer plenamente. Como se verá, esa influencia cultural tuvo un efecto decisivo sobre mi papá.

El destino quiso que hoy, 30 años más tarde, este libro complete aquel circuito que había quedado inconcluso. En las páginas siguientes los lectores descubrirán que en ese extraordinario crisol de colectividades que es Les Luthiers, la cultura española en general y catalana en particular, están presentes. La cálida acogida que los españoles brindan a Les Luthiers todos los años representa, por ende, una autoafirmación de sus propios valores culturales, que vuelven desde el otro lado del océano, entremezclados y enriquecidos con otras influencias.

SEBASTIÁN MASANA

Buenos Aires, 15 de febrero de 2004